

de la Península; pero El Horr difundió el terror y espanto en aquella comarca, y Narbona cayó en poder de los sarracenos; y por espacio de tres años, según algunos, recorrió por un lado hasta Nîmes y el Ródano, y por otro hasta el Garona; pero obligóle á regresar la noticia de una gran victoria de los cristianos del norte de la Península sobre un ejército musulmán.

Respiremos un momento; ya el nombre cristiano empieza á detener las correrías de los árabes. Hemos visto con qué rapidez se apoderaron estos de nuestras más bellas provincias; parecía que nada era capaz de detener el torrente devastador que desde Africa se había precipitado sobre España. En medio de prodigios de valor todo lo iban arrollando los musulmanes; las ciudades principales, aun después de la más viva resistencia, se veían precisadas á abrirles las puertas y quedar á merced del vencedor. Los cristianos veían por do quiera triunfante el estandarte del mentido profeta Mahoma, y no les quedaba otro arbitrio que ó sufrir las duras condiciones de los vencedores, ó morir en la pelea; ó huírse de una ciudad á otra, de un pueblo á otro pueblo; donde quiera divisaban ó creían divisar alguna más seguridad, allí se refugiaban con cuanto tenían y podían llevar de más valor y con los libros y santas reliquias.

El corazón se contrista al considerar tan repentino y funesto cambio, tan singular y espantosa revolución que abatió en un momento aquella soberana gloria de los godos, ensalzada por tantos siglos de continuas victorias y estendida por toda Europa con grandeza de señorío (1). «Cayó el reino y gente de los godos, no sin providencia y consejo del cielo, como á mí me parece, dice el P. Mariana (2), para que después de tal castigo, de las cenizas y de la sepultura de aquella gente naciese y se levantase una nueva y santa España de mayores fuerzas y señorío que antes era.» Parece podría aplicarse aquí aquello de la Es-

(1) Morales, lib. 12 de su Cron.
(2) Hist. de España, lib. 6, cap. 27.

critura Santa: *et cum iratus fueris, misericordiae memor eris.*

Con efecto: en medio de la ira que manifestaba el Señor en el castigo que permitió viniera sobre España mostró también su misericordia y bondad reservando un pequeño rincón de este país, entonces tan infortunado, y un hombre valeroso y esforzado que había de ser el restaurador de la monarquía y de la Religión en nuestra patria. No, no había muerto la España como nación; aun vivía, dice el señor Lafuente (1), aunque desvalida y pobre en un estrecho rincón de este poco há tan vasto y poderoso reino, como un desgraciado á quien han asaltado su casa y robado su hacienda, dejando solo un triste y oscuro albergue en donde los salteadores, con la algarazca de recojer su presa, no llegaron á reparar.

Luego que los cristianos españoles sufrieron el terrible desastre del Guadalete y vieron que cual espantosa inundación se derramaban por todas partes los árabes; sobrecojidos de pavor y temiendo caer bajo el yugo de los conquistadores, buscaron su salvación y asilo en las asperezas de los montes y al abrigo de los riscos de las regiones septentrionales, llevándose consigo, según ya hemos dicho, toda la riqueza moviliaria, las alhajas de sus templos y los objetos más venerandos de su culto. Obispos, sacerdotes, labradores, artesanos y guerreros, hombres, mugeres y niños huían despavoridos á las fragosidades de las sierras; unos se refugiaron en la Septimania, y otros se cobijaron en las breñas y sinuosidades de la gran cadena de los Pirineos; de la Cantabria y de Asturias; pero esta última comarca, situada á un extremo de la Península, fué el principal receptáculo de los fugitivos. País cortado en todas direcciones por inaccesibles y escarpadas rocas, hondos valles, espesos bosques y extrañas gargantas y desfiladeros, una de las postreras regiones del mundo en que lograron penetrar las águilas romanas, no muy dócil al dominio de los godos, contra el cual apenas cesó de protestar, dice un historiador, por espacio de tres siglos, parecióles á los

(1) Hist. de España, p. 2, lib. 1.

acosados cristianos el país más á propósito para guarecerse con menos probabilidad de ser hostilizados, y con más proporciones para atrincherarse y defenderse en el caso de ser acometidos. Benévola acogida encontraron en los rústicos é independientes moradores de aquellas montañas, y naturales y refugiados vivían en ellas, si no contentos, resignados al menos con su estrechez y privaciones, prefiriéndolas al goce de sus haciendas, á trueque de no verse sujetos á los enemigos de su fé y de su patria; y allí en medio de aquellos riscos y de entre un puñado de españoles y godos, restos de la monarquía hispano-goda confundidos ya en el infortunio bajo la sola denominación de cristianos y españoles, allí se concibió el grande, glorioso y salvador pensamiento de recobrar la nacionalidad perdida, de enarbolar el estandarte de la fé, y á la santa voz de Religión y patria sacudir el yugo de las armas sarracenas. Lejos estarían de imaginárselo los musulmanes, pues tan poco se habían cuidado de la conquista de un país que sobre ser de difícil acceso debió parecerles pobre y miserable cotejándolo con las fértiles campiñas del Oriente y Mediodía que acababan de conquistar; quizá ni aun pensaban siquiera pudiera abrigarse en aquellas montuosas guaridas gente de algún valer. Contentáronse durante el gobierno del cuarto wali Ayub con enviar algunos destacamentos á la parte llana de Asturias, apoderándose fácilmente de las aldeas y puertos de la costa por haberse retirado sus moradores á lo más fragoso de sus bosques y breñas, y pusieron en Gijón, llamado entonces Gegio ó Gigio, un gobernador que nuestras crónicas llaman Muuza y que sin duda sería el Othman ben Abu Neza.

Faltábales, sin embargo, á los cristianos reunidos en aquellas asperezas un jefe, un caudillo capaz por sus relevantes prendas de guiarlos en la grande y atrevida empresa que concebido habían; pero la Providencia se le deparó en Pelayo, noble godo, hijo de Favila, antiguo duque de Cantabria y de la sangre Real de Rodrigo. Había sido conde de los espartarios, ó sea de la guardia del último monarca; peleó heroicamente en la batalla de Guadalete, y

la fama de sus proezas, y la gallardía de su persona, y la nobleza de su alcurnia, todo contribuyó á que los asturianos y los refugiados en Asturias se agruparan en derredor suyo y le aclamaran unánimemente por jefe y capitán de aquella grey de fervorosos cristianos, más provistos de entusiasmo y de fé que de armas y materiales medios para la defensa (1). Peligroso era el cargo que se le confiaba, pero á fuer de hombre religioso y de buen patrio y de esforzado ánimo, lo aceptó y dió principio á la obra derramándose aquellas gentes por las comarcas vecinas de Cangas de Onís, llamadas entonces Cánicas.

Disponiéndose estaba para penetrar con sus agarenas huestes en la Galia Gótica el wali El Horr cuando llegó á sus oídos la noticia del levantamiento de Asturias; pero dándole al parecer poca importancia encargó á su lugarteniente Alkamah la empresa de sujetar los astures. Marchó pues Alkamah con un ejército respetable que según las crónicas constaba de muchos miles de hombres. Súpolo Pelayo, y no juzgando conveniente esperar en Cangas á la hueste sarracena se retiró con todo el pueblo hácia el monte Auseba, cobijándose las mugeres, ancianos y niños en lo más fragoso de los bosques y sierras, mientras los hombres de armas tomar se situaban en las alturas y colinas desde donde mejor pudieran ofender á los enemigos que se atrevieran á penetrar por aquellos desfiladeros.

Al Oriente de Cangas y al extremo de un valle sombrío y estrecho, que torciendo un poco hácia el Occidente forma una cuenca limitada por tres cerros, levántase una enorme roca de ciento veinte y ocho pies de elevación, en cuyo centro hay una abertura natural que constituye una caverna ó gruta, ahora como entonces llamada por los naturales la cueva de Covadonga. A ella se retiró Pelayo con cuanta gente de armas podía haber en aquel áspero recinto, colocando la restante en las alturas y bosques que cierran y estrechan el valle regado por el río Deva, y allí esperó con serenidad al enemigo, contando más con la protección del cielo que

(1) Lafuente, Parla. 2, 174.

con sus fuerzas. Cuentan muchos de nuestros historiadores que en la caverna de Covadonga se hallaban depositados las alhajas, reliquias y libros santos que los fugitivos españoles habían logrado salvar en su huida de la rapacidad musulmana, y aun añaden que ya era ermita dedicada á la Santísima Virgen, y que por eso la llama el obispo don Sebastian cueva de Santa María. Es natural que Pelayo alentara á su gente y la animara para acometer la empresa que habían concebido; y así Mariana pone una estensa arenga que dice les hizo, y que en sustancia era la siguiente:

«Conviene (les dijo) obrar con presteza y valor, para que los que tenemos la justicia de nuestra parte sobrepujemos tambien á los contrarios en el esfuerzo. Cada una de las ciudades tiene guarnicion de moros, pero muy escasa en la actualidad; los moradores y ciudadanos son nuestros, y todos los hombres valientes de España desean tomar parte en la grande empresa que acometemos. Seguro estoy de que no habrá alguno que merezca el nombre de cristiano, que no venga luego á nuestro campo. Por nuestra parte, avivemos con corazon atrevido la esperanza de recobrar la libertad en los ánimos de nuestros hermanos. Las fuerzas de los enemigos se hallan derramadas por muchas partes, y su atencion asi como su ejército principal se hallan concentrados en la nacion vecina. Empuñemos pues las armas con esfuerzo y valor, y no desperdiciemos esta buena ocasion para pelear por la antigua gloria de España, por nuestra santa Religion, por nuestros hijos, esposas y parientes, que gimen en una indigna y gravísima servidumbre. P. sada cosa seria referir sus ultrajes, nuestras miserias y trabajos, y cosa muy vana encarecerlas con palabras, derramar lágrimas, despedir suspiros. Lo que hace al caso es aplicar algun remedio á la enfermedad que nos aqueja, dar muestra de nuestra nobleza, y acordarnos de que somos nacidos de la nobilísima sangre de los godos. La prosperidad y regalos nos enflaquecieron ó hicieron caer en tantos males; preciso es pues que las adversidades y trabajos nos aviven, y despierden en nuestros corazones el valor de nuestros antepasados. Direis tal vez que es cosa

árdua y penosa acometer los peligros de la guerra: mas ¿cuánto mas pesado es que vuestros hijos y mugeres, hechos esclavos, sirvan á la deshonestidad de los enemigos? ¿No es un entrañable dolor, y la suma del infortunio el veros despojados todos los dias de vuestras vidas y haciendas, segun se le antoja á vuestros tiranos? Tal vez el amor á vuestros bienes, y el deseo de la quietud os entretiene; pero os engañais si pensais que los particulares pueden conservar sus fortunas en esta calamidad, destruida y asolada que sea la república: la fuerza de esta llama devoradora, á la manera que el fuego pasa de unas casas á otras, irá consumiéndolo todo sin dejar cosa alguna en pie. ¿Poneis la confianza en la fortaleza y aspereza de esta comarca? A los cobardes y descuidados ni aun los mas fuertes castillos les bastan para defenderse del enemigo. Y aun cuando los sarracenos no os acometiesen, ¿cómo podria esta tierra, pobre y estéril, sustentar tanta gente como se ha acogido á ella? Acaso el corto número de nuestros soldados os hace temer; mas debéis acordaros de los tiempos pasados, y de los trances variables de las guerras por los cuales sabeis que la victoria no es de los muchos sino de los esforzados. A Dios, á quien teniamos irritado antes de ahora, y al presente creo habremos aplacado, fácil cosa es y aun muy usada deshacer gruesos ejércitos, con las armas de pocos. ¿Teneis por mejor conformaros con el estado de envilecimiento presente, y por acertado servir á un enemigo siempre infiel á sus tratados, como si de gente bárbara pudiera esperarse constancia en sus promesas? ¿Pensais que tratamos con hombres razonables y no con bestias fieras y salvages? Por lo que á mí toca estoy determinado con vuestra ayuda á acometer esta empresa aunque árdua y peligrosa, por el bien comun de mi patria; y tambien, en tanto que viviere, á mostrarme enemigo irreconciliable no solo de estos bárbaros, si que tambien de cualquiera de los nuestros que rehusase tomar las armas en esta guerra sagrada, resuelto á vencer ó morir como buen español antes que sufrir una vida tan miserable, de tanta afrenta y desventura. El rigor de los castigos hará entender á los cobardes que no son los ene-

migos á los que mas deben temer.»

Grande entusiasmo y lágrimas de ternura, al decir de Mariana, produjeron estas ó semejantes sentidas palabras en aquella pequeña porcion de fervorosos cristianos; pero como quiera que se retiraran á Covadonga, creyó Alkamah que llenos de pavor y miedo huian de su presencia sin ánimo de esperarle y mucho menos de hacerle frente. Orgullosa, pues, y confiado el caudillo árabe, hizo avanzar su ejército encajonado por aquella cañada, no pudiendo presentar sino un frente igual al que oponian los refugiados en la cueva, quedando espuestos sus inmensos flancos á los ataques de los que en las colinas laterales se hallaban emboscados. Entonces comenzó aquel ataque famoso, cuya celebridad durará tanto como dure la memoria de los hombres (1). Las flechas que los árabes arrojaban solian rebotar en la roca y herir de rechazo á los infieles, mezcladas con las que desde la gruta lanzaban los cristianos. Al propio tiempo los que se hallaban apostados entre las breñas hacian rodar á lo hondo del valle enormes peñascos y troncos de árboles que aplastaban bajo su peso á los agarenos y les causaban horrible destrozo. Apoderóse el desaliento de los musulmanes tanto como crecia el ánimo de los cristianos, á quienes vigorizaba la fé y alentaba la idea de que Dios peleaba por ellos. Cuando Alkamah vió sucumbir á su compañero Suleiman, intentó ganar la falda del monte Auseba, y ordenó la retirada; pero unos á otros se estorbaban en aquellas angosturas. Levantose entonces una gran tempestad que vino á aumentar el aspecto y terror en los que ya iban de vencida. El estampido de los truenos, cuyo eco retumbaba con pavoroso estrépito por aquellos montes y ríscos, la lluvia que se desgajaba á torrentes, las peñas y troncos que de todas partes caian sobre los árabes, lo movedizo del suelo que con la lluvia se ablandaba y hundia bajo los pies de los que habian logrado ganar alguna pendiente y que caian resbalados por aquellas pequeñas sendas sobre los

que se rebullian confusos en el valle y que perecian ahogados en las desbordadas aguas del Deva; todo contribuyó á hacer creer á los soldados de Mahoma que hasta los montes se desplomaban sobre ellos. Déjase conocer seria horrible la mortandad; hay quien afirma no haber quedado un solo musulman que pudiera contar el desastre; Sebastian de Salamanca supone murieron en la primera refriega ciento veinte y cuatro mil moros, y que perecieron aplastados por la colina que se desgajó los sesenta y tres mil restantes; lo mismo dicen el monge de Silos y en nuestros dias el canónigo Ortiz; D. Rodrigo de Toledo dice perecieron en la primera pelea veinte mil moros y despues en la retirada una grandísima muchedumbre, *máxima multitud*. Como quiera que sea, ello es innegable que la mortandad fue enorme; por mucho tiempo cuando las crecientes del rio descarnaban las faldas de las colinas, se descubrian los huesos y armaduras de los soldados sarracenos (1); el triunfo cristiano fué glorioso y completo. En medio de la vega de Cangas una capilla con la advocacion de la Santa Cruz muestra todavia el sitio en que ya se atrevió Pelayo á atacar en campo raso á sus diezmosos enemigos. Aconteció este famoso suceso en el año 99 de la egira, 718 de Jesucristo.

Refieren Morales, Mariana, Ortiz y otros que antes de comenzar la lucha, deseando el gefe moro conseguir su intento sin riesgo ni menoscabo de su gente, y luego quitar á los cristianos cuanto tenían, pues llegó á sus oidos que guardaban alli inmensos tesoros recogidos de toda España, procuró por medio del tristemente célebre Oppas (de quien asi como de los hijos de Witiza dicen iban con los moros y que perecieron en la refriega ó fueron muertos por los mismos árabes creyéndolos traidores), venir á trato con Pelayo, y hasta descenden á contar los términos en que Oppas le habló y los en que le respondió aquel. Para no omitir nada notable ó curioso, vamos á transcribirlos aqui, si bien algunos escritores dicen que el dar así esos

(1) Lafuente, p. 2, l. 1.

(1) Lafuente, Hist. p. 2, lib. 1. libem a tenti

historiadores tales discursos y á la letra lleva en sí un sello de falsedad tan evidente que avergüenza hablar de ello. Pudo sin embargo muy bien haber habido esa especie de parlamento, y es fácil conocer que al dar los historiadores esos discursos ó arengas mas bien que referir literalmente las palabras que se pronunciaron, refieren la sustancia ó lo que fuera mas probable se dijera. Cuentan pues que Oppas habló de esta manera á Pelayo: «Cuanta haya sido la gloria de nuestra nacion, ni tú lo ignoras, ni hay para qué referirlo al presente. Por gran parte de la tierra estendimos nuestras armas: á los romanos, señores del mundo, quitamos la España: sujetamos y vencimos con nuestro esfuerzo naciones fieras y bárbaras; pero últimamente hemos sido vencidos y avasallados por los moros, y para muestra de la inconstancia de la felicidad humana, de la cumbre de la bienandanza, donde poco há nos hallábamós, hemos caído en el último grado de la desventura. Si cuando tan poderosos y fuertes éramos, no pudimos resistir á sus armas, dime, ¿podremos ahora esperar el vencer? Por ventura esas alturas en que en corto número os hallais parapetados á manera de bandidos, ¿serán fortaleza bastante para libraros de un ejército de sesenta mil hombres? Los pecados sin duda de España, con que tenemos irritado á Dios, que parece no estar aun hartó de nuestra sangre, os ciegan los ojos para que no veais lo que os conviene. Si el suceso de la pasada guerra no os lo diera á conocer bastantemente, la presente loca intentona lo mostrara. Apartaos pues de este desvariado propósito, en tanto que hay esperanza de perdon y de clemencia; deponed las armas; y en cambio de las afrentas, ultrajes, servidumbre y muerte, que será el pago de esta locura, si la llevais adelante, estoy autorizado para ofrecer os grandes honras y empleos como premio de vuestra obediencia.» — A estas seductoras palabras del obispo de Sevilla dicen contestó Pelayo con tanta energía como enojo: «Oh indigno prelado de la Iglesia; tú y tus parientes los hijos de Witiza, sois los que debéis temer la venganza divina, aun cuando por algun breve espacio de tiempo las cosas fueran á medida de vuestro deseo. Vuestras maldades y perfidias son las que tienen á Dios

airado: todos los lugares sagrados se ven por vuestra causa profanados en nuestra patria, y todas las cosas santas en el mayor desprecio y envilecimiento. Vuestra locura y malignidad ha llegado hasta el punto de poner de parte de esos infieles bárbaros, nuestros opresores y verdugos, que tanta sangre cristiana han derramado. Empero, estas maldades no quedarán impunes ni ante Dios, ni ante los hombres, porque vivos y muertos sereis antes de poco severísimamente castigados: tú empero mas que todos, pues olvidado de tu deber y dignidad, has sido el principal atizador de estos males, y ahora sin pudor te atreves á amonestarnos á bajar nuestras cervices al insoportable yugo de la servidumbre. Nosotros ni creemos que Dios haya cerrado sus oídos á nuestros ruegos, ni que su corazón está tan distante de ayudarnos, para tener necesidad de confiar en tus mentidas promesas; antes tenemos por cierto que el Señor trocará sin dilacion la grandeza del castigo pasado en benignidad y proteccion. Y caso de que no considerándonos bastantemente castigados y aflijidos, no quisieramos gobernos, resueltos estamos á buscar en los combates el término de tantos males, y cambiar como esperamos esta vida desgraciada por la eterna felicidad.»

Séase empero lo que fuere de estos discursos, el hecho fué la derrota de la morisma. «Admiremos aqui, diremos con el señor Lafuente, los altos destinos del que rige los pueblos y tiene en su mano los destinos de las naciones. El inmenso poder de aquellos godos á cuyo pujante brazo no habia podido resistir el coloso de Roma, de aquellos godos vencedores de cien pueblos, dominadores de España, de Africa y de la Galia, vióse reducido á un puñado de montañeses guardados en un rincón de esta Península, dentro de una cueva, capitaneados por un caudillo, en cuyas venas corría mezclada y confundida la sangre goda y la sangre española. Y del corazón de aquella gruta habia de salir un poder nuevo, que habia de luchar contra otro pueblo gigante, y habia de ser el fundador de un estado que con el tiempo habia de dominar dos mundos. Pelayo, cobijado en la caverna de Covadonga, seméjasenos á la semilla

desprendida de un árbol viejo cortado por el hacha del leñador, que encarcelada dentro del hueso ha de romperse, brotar, desarrollarse, crecer, fructificar y formar con el tiempo un árbol mas lozano, robusto y vigoroso que el que le habia engendrado, y cuyas ramas se han de estender por todo el universo.»

No es mucho pues que á vista de tan asombroso acontecimiento vieran en él nuestros mayores un prodigio del Señor ó contarán mil hechos prodigiosos acaecidos en Covadonga. Acúsase á las veces á nuestros antiguos cronistas de atribuirlo todo á la intervencion de Dios, de la Sma. Virgen y de sus Santos; pero en cambio los que á esto llaman fanatismo pretenden esplicarlo todo por causas naturales y no ven en nada la intervencion del cielo. No pretendemos nosotros sostener como ciertas todas las relaciones que se hacen de hechos que se citan como milagrosos; la Religion no ha menester de mentidos prodigios, y lejos de necesitar que se inventen lo reprueba y condena; pero tampoco podemos menos de censurar á los que, al oír el nombre de milagro, con solo esto y sin mas discernir ni averiguar, todo lo niegan y lotachan de fanatismo. Viniendo al suceso que nos ocupa, vamos á copiar todavia otro párrafo del señor Lafuente que no podrá ser tenido como sospechoso en este punto. Dice así: «Aunque el memorable triunfo de Covadonga se explique como lo hemos visto, por sus causas naturales, preciso es no obstante reconocer en aquel conjunto de extraordinarias y portentosas circunstancias algo que parece escender los límites de lo natural y humano. En pocas ocasiones ha podido ser mas manifiesta para el hombre de creencias religiosas la proteccion del cielo. Por lo mismo no nos maravilla que los escritores de una edad de tanta fé lo dieran todo al milagro y á la mediacion de la Virgen Maria, cuya imágen habia llevado consigo Pelayo á la cueva. Las historias árabes refieren tambien el suceso con asombro, no disimulan haber sido horrible la matanza, y hacen justicia al valor y á la audacia de *Belay el Rummy* (Pelayo el Romano), como ellos le nombran (1). El gobernador de Ge-

gio, Munuza, sabedor de la derrota de los suyos y de la muerte de Alkamah, no se contempló seguro en Asturias y retiróse hácia la España oriental. Algunos cronistas cristianos afirman haber sido alcanzado y muerto en la vega de Ovalle por el héroe mismo de Covadonga, acaso pudo creerse así entonces; mas este relato lo contradicen los posteriores hechos de Munuza. Quedó no obstante con esto todo el territorio de Asturias, comprendido entre los montes y el mar, libre de soldados sarracenos. En el entusiasmo de la victoria los asturianos apellidaron rey á Pelayo; principio de una nueva monarquía, de la monarquía española, porque la religion y el infortunio han identificado á godos y romano-hispanos, y no forman ya sino un solo pueblo; y Pelayo, godo y español, es el caudillo que une la antigua monarquía goda, que acabó en Guadalete, con la nueva monarquía española que comienza en Covadonga. A la salida de esta célebre cueva hay un campo llamado todavia de *Repelayo* (síncopa sin duda de Rey Pelayo), donde es fama tradicional que se hizo la proclamacion levantándole sobre el pavés; y nada mas natural que este acto de recompensa de parte de aquellas gentes hácia el valeroso caudillo que las habia conducido á la victoria en el primer sitio en que pudo hacer alto el ejército vencedor. A una legua junto al pueblo de Soto se halla el *Campo de la Jura*, donde hasta el siglo presente iban los jueces del concejo de Cangas á tomar posesion de la vara de la justicia. Respetables y tiernas prácticas tradicionales de los pueblos, que recuerdan con emocion la humilde y gloriosa cuna en que nació el legítimo principio de la autoridad (1).»

Después de leído este párrafo no se extrañará ya tanto la siguiente relacion que hace Morales en el libro XIII de su Crónica de España: «...El caer sobre los moros las piedras y saetas cosa natural era, pues habian de resurtir dando en la peña ó en cualquiera otro amparo que los cristianos tu-

á todo el que no fuese árabe, ó acaso godo puro. Tambien significaba el cristiano, el extranjero.

(1) Lafuente, p. 2; lib. 4, t. 3, pag. 67.

— Tomo III.